



RESEÑA

PUEDE EL MAR

DE ALBERTO PIZARRO

JULIO FAJARDO



PUEDE EL MAR
ALBERTO PIZARRO
CAJACANARIAS. COLECCIÓN *La CAJA LITERARIA*
SANTA CRUZ DE TENERIFE, 2006

Leyendo este libro de Alberto Pizarro a uno le parece que nunca se marchó del lugar desde el que vino. Sin embargo, sabemos que no es así porque este libro está escrito desde el sitio que le marcó el destino para fabricar su añoranza. Desde el lado de enfrente, desde la otra parte de la línea que dibuja en su recuerdo. Así que ningún emplazamiento es posible sin el otro.

En este caso no es el tiempo el causante de la memoria sino el espacio. La mudanza que tiene que hacer para provocar la evocación.

Cuando escribe apoyado en la baranda de Las Canteras se encuentra realmente en el otro lado del horizonte que observaba desde allí. Lo dice en "Aduana". *Cada barrio tiene otro barrio. El horizonte marcado como si fuera una frontera. Duele saber del otro lado. De aquellas llamas quedan estas cenizas.*

¿Qué ese eso que duele saber del otro lado? El recuerdo, la memoria convertida en el dolor por lo dejado y al revés. Es, por tanto, necesario cruzar la frontera para

situarse en la atalaya exacta para rememorar lo perdido.

¿Cuál es ese mar que puede sobre cualquier otra cosa? El del tránsito que hace posible desandar el camino para recrear, desde la otra orilla, las imágenes que un día dejamos huérfanas de nuestra mirada. Es el mar el que atraviesa el tiempo de la vida de Alberto Pizarro. Un recorrido de la memoria cruzando la travesía entre dos islas, el retorno a las barandas desde las que se vislumbra la tierra prometida. Siempre el pensamiento cabalgando sobre las aguas, amansando a las olas, abriendo una autopista imaginaria con el milagro de la poesía, igual que Moisés. Ese es el poder del océano, cuyas mareas traen y llevan el recuerdo en una oscilación permanente, lo que Alberto reconoce como “memoria perenne”.

Hay un intento de retorno hacia un tiempo perdido, hacia un espacio que sigue existiendo inamovible pero por el que ya no se puede deambular de la misma manera. Una playa urbana y familiar, en la que el mar no deja de entregar sus olas, imposible de resucitar, igual que ocurre con el tiempo de la infancia. Es la añoranza común de todos los que margullaron en sus aguas, que amaron sobre el declive de su arena fina y, sobre todo, que fijaron su mirada en el horizonte que dibujaba el mundo de enfrente. El sueño de Maccanti, de Padorno, de los Millares, los Gallardo, los Melián, los O’Shanahan y tantos otros que disfrutaron de aquel espacio mítico como si fuera el patio de sus propias casas.

Apoyado en la baranda imagina el mundo que está del otro lado, la otra cara de la moneda, la ciudad húmeda y sombría, con la selva creciendo sobre sus tejados. El rincón propicio para el estudio, el recogimiento y la reflexión, mientras la lluvia se derrama por los cristales como en un verso de Machado. Un mundo para la intimidad, tan lejano al generoso espacio soleado y abierto de la playa.

En esta memoria perenne existe la imperiosa necesidad de reafirmar el tiempo en el que se vive. El tiempo y el lugar, porque recordar es regresar a la baranda desde la que se creaba la ilusión de lo que ahora se muestra como realidad palpable. Una realidad que fue deseada y cuyo deseo, ya alcanzado definitivamente, se evoca desde el tiempo actual retornando al otro lado del horizonte. ¿Qué es pues lo que se encierra en esa memoria perenne? El momento feliz en que se anhelaba lo que ahora ya se tiene.

Dice Alberto que desde el recodo de la memoria observa el “baile brillante de las hojas” cuando su madre “acaricia con el trapo la seda verde lanceada”. Esta observación desde el recodo es la marca de la auténtica trayectoria de los recuerdos generados en la memoria perenne que se explica en estos poemas. Porque el recodo no es otra cosa que la revuelta que se forma en los caminos para torcer notablemente la dirección que traían. Volver en sentido contrario que es lo que continuamente hace Pizarro: desde la baranda de las Canteras

hasta el viento de Agüere y al revés. Un recorrido ejecutado en el espacio y en el tiempo. El tiempo en el que intentamos reconocernos en un instante como si nuestras edades se resumieran en un cambio de estación, cayendo bruscamente desde lo cálido a lo gélido. “Y las huellas del fuego aquel que creíste ser / hoy vienen a tus inviernos”.

El retorno a veces es capaz de devolver una imagen confusa: la imagen de la realidad, aquella que no se espera encontrar en el oráculo. “Ya no soy ni el otro / que encontraba en el espejo”.

A veces, abandona el camino de la evocación para convertir a ésta en su propio camino, descubriendo así el itinerario por el que transcurre su poesía. Es el momento exacto de la desnudez y de la sinceridad; de la confesión de la entrega hacia un viaje sin esperanza de retorno. Queda claro en la limpieza con la que busca a su infancia; “movida por la caracola del mar, son susurros por los que cabalgas hacia caminos que nunca regresan”. A Pizarro le sirven los susurros de una caracola para “apretar a la memoria”, intentando sacar de ella la última gota del jugo de su existencia, amarrada fatalmente a la amplitud de una playa abierta, el lugar donde descubrió su libertad plantado frente al horizonte, sintiendo el “golpeo de sus olas encuadradas en plata”.

Dice Pizarro que “los ojos en el horizonte buscan la nostalgia del cántico en un infinito deshabitarse”. Me ha costado trabajo descubrir que sus ojos no están mirando al horizonte sino que

están colocados allí, viéndolo a él mismo apoyado en la baranda de siempre, de la que nunca se soltó. Por eso, desde el otro lado, escudriña en sus recuerdos tratando de encontrar la nostalgia. Porque no es la nostalgia lo que le acompaña, sino lo que busca, igual que busca la piel la caricia de la piel deseada, el roce, que es la otra parte de la memoria que Alberto nos cuenta en este *Puede el Mar*. Si no, no tendría sentido pedirle a las olas que le devolvieran el “cántico de su infinito deshabitarse”.

Pizarro construye su Odisea estrictamente en el territorio de la memoria y su retorno a la Itaca luminosa, con la que sueña cada día, sólo se puede realizar en su imaginación porque en el instante de su partida se hace la pregunta más importante: si también se llevará el cuerpo en su viaje, dando por sentado que su espíritu seguirá permanentemente varado en la Peña la Vieja, anclado a la baranda donde cada tarde expone su torso desnudo al sol que se le escapa por el horizonte. “He de pasar a la otra isla —dice— ¿me llevaré el cuerpo o quedará mágico, saciado, ante el sueño de las barcas?”

Este libro es el arancel que el poeta satisface por cruzar continuamente al territorio de su evocación. En esa aduana sólo se paga con palabras e imágenes aunque no se sepa con certeza en qué momento se genera el impuesto. La tarifa se calcula con la incertidumbre del que no puede asegurar en qué instante atravesó la frontera de la realidad para profundizar en su memoria. El poeta se

pregunta: “¿Cuál es el tiempo exacto en que esto transcurre? ¿Cuál es el lugar que ocupa cada cosa, cada calle, arena, palmera, roca, mar, cuando no son las mismas o no están?” Y la respuesta se encuentra en la propia obra al definir la escritura: “¿Hasta cuándo estaremos imprimiendo este fraude, este agravio del tiempo? Ajeno soy al callo de la mano”.

No acierto a comprender cómo la esperanza de retorno al mundo feliz de las playas abiertas se tiñe de un pesimismo conformista en la memoria del roce. Es como si el personaje al que se regresa notara sobre sus espaldas el peso de los años. “Sólo mis ojos en la tarde ya lívida se acogen a ella como los pájaros a su rama, como tú que puedes inventar mi historia y ser el yo de aquel momento, tan lejano, que pueda en una tarde como ésta abreviar mi vida”.

Sorprendentemente encuentra en su viaje la devolución de su imagen actual, ya sin las camisas blancas de su niñez ni la frescura del corretear entre las barcas. Está solo, comprobando cómo el roce, la oxidación inevitable de la vida, también hace mella en el recuerdo. “Ya no soy ni el otro que encontraba en el espejo. Me asomo a la ventana y todos los otros caen en mí como máscaras y escombros del que fui”.

Ahora se encuentra definitivamente al otro lado del horizonte que fabricó para cruzar su memoria. Un lugar que no reconoce como suyo. “Escribo a la luz de algo que no es mío, que cae sobre un jardín que me toca”. La soledad se cambia por la ausencia. Es el momento de aligerar la vida, de elegir lo imprescindible para pasar el tiempo que nos queda, de calibrar el auténtico amor, el que nos ha acompañado con la lealtad de nuestro propio pulso. Nada le pertenece, ni siquiera el sitio donde ha vivido tantos años. “Esta ciudad no es mía pero tan próxima junto a mi fin como el sol de la tarde de noviembre”. Sin embargo la conoce muy bien, como demuestra en estos hermosos versos. Para mí, de los mejores que se han escrito para describirla: “Ciudad de luz, ciudad de niebla/ naces a cada instante, mueres a cada instante./ Mientras el viento frío arrumba las hojas,/ golpea las tejas, tropieza su corazón/ contra los pórticos”.

La idea de Agüere es un vaivén entre la luz y la oscuridad, entre el nacimiento y la muerte. Una oscilación perenne y repetitiva como es el movimiento pendular, donde no ocurre nada porque todo se repite. Una ciudad que “almidona al transhumante” salvando a quien mendiga su esencia submarina Alberto ha buceado por las alcantarillas, ha descubierto sus secretos ocultos bajo los lodos de su antigua laguna. Él mismo vive en el sequero que ocuparon antaño las aguas. Por eso la

reconoce tan bien, como dormida en el abrir y cerrar de un abanico.

Parece como si el roce, a fuerza de rascar insistentemente, haya terminado por abrir heridas que hay que restañar recurriendo a la memoria bonancible, al remanso del tiempo feliz, a los recuerdos sanadores que, según Jorge Rodríguez Padrón, son las golosinas de la memoria. “Intento levantarme de las ruinas, devorar tanta belleza a este trozo de luz y de mar por el que el tiempo no pasa”. Alberto Pizarro va a buscar una luz y un mar que permanecen estáticos, prisioneros en su evocación. Esa luz y ese mar están intactos, parece que esperando que alguien regrese para recuperarlos, como el amor de Penélope, que teje y desteje aguardando el retorno del viajero. Están congelados en el deseo del poema de manera casi imposible, porque la luz y el mar, que va y viene hasta la orilla, no son esclavos del tiempo para ser detenidos en un instante, son el tiempo mismo. Si la luz no existiera serían las mareas las que marcaran el ritmo fatal de los relojes. El tiempo real que fluye fatalmente no es el que interesa recuperar en esta memoria permanente. Es un tiempo capaz de alargarse y encogerse como el que concibe Thomas Mann en su *Montaña Mágica*. Esos siete minutos que duraba el termómetro en la boca de los enfermos en el sanatorio, y dentro de ellos cada tramo de escasos segundos. “Se dilataban hasta formar una pequeña eternidad, insertaban períodos de la más firme solidez en el fugaz transcurrir, en esa vertiginosa rapidez con que se esfumaban los grandes espacios de tiempo”.

El roce, como la erosión que forma las playas y esculpe los acantilados, aumenta sus efectos con el transcurrir de la vida. Alberto necesita escapar de esta acción implacable y sólo puede hacerlo penetrando en la profundidad del aljibe de sus recuerdos, almacén profundo del milagro para revivir, aunque sea por un instante. Debe cabalgar sobre el tiempo pasado, desandar el camino para eludir el húmedo y sombrío cuartel donde está obligado a prestar su servicio. “Huir de este crepúsculo pesado y gris igual que un cine sin butacas. Volver al follaje de la arena, los toldos, las sombrillas, el medio hacer de las tortillas; al volteo aquel sin fin en que el laberinto era la vida y Dédalo la muerte”. No sé por qué este follaje de arena, de toldos y sombrillas me recuerda a la playa donde Gustav von Aschenbach intentaba escapar del desahucio final.

Dice Jorge Rodríguez Padrón que Alberto escribe desde la orilla, ese borde o filo decisivo, crucial. Y además asegura que no tiene a esa orilla por un lugar seguro, es como una delgada línea en la que se hace visible su doblez. Esta línea no se encuentra al borde del precipicio ni es el Fi-

nisterre del doctor Olekránom, al que se asoma con vértigo para contemplar el vacío. Este límite, realmente, es el lugar en el que se invierte el camino y el peligro consiste en que, al ser la encrucijada donde se cambian las orientaciones, se originan violentas tormentas, turbulentas perturbaciones provocadas por el intento de invertir el tiempo. Se lucha contra el retorno que no se deja alcanzar. Por eso esta orilla es inhóspita e insegura, se resiste a ser observatorio sin drama y sin dolor, y sólo se puede atravesar con la desazón del marino que cruza el Cabo de Buena Esperanza. Más allá se encuentra el Océano Pacífico: una promesa de calmas placenteras que nos harán renovar la vida. Dice Alberto: “Aunque te duela el aire busca el polvo de tus mares más jóvenes”.

En el mar está el camino y el fin, el tránsito y el destino. El mar es también el tiempo que pasa inexorable por la vida del autor; pero, a la vez, es la esperanza de su rejuvenecimiento. Este libro cumple exactamente con el objeto de la poesía: renueva y rejuvenece al que se introduce en sus páginas. Puede el mar como vehículo formidable para llevarnos al mundo mágico de lo que creíamos perdido. Hay que realizar un esfuerzo, no demasiado grande para hacerse con él. Una vez inmersos en sus aguas (inmensos, como decía Carlos Oroza) nos podremos adentrar con seguridad, con la confianza que da no perder de vista al horizonte. Hay muchas cosas placenteras en este libro. Disfrútenlo.